

DOMINGO XXX ORDINARIO “C”

¡Señor, enséñanos a orar!

Si 35,15-17.20-22:
Sal 33, 2-3. 17-23:
1 Tm 4,6-8.16-18:
Lc 18, 9-14:

*Los gritos del pobre atraviesan las nubes.
Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha.
Ahora me aguarda la corona merecida.
El publicano bajó a su casa justificado; el fariseo, no.*

I. LA PALABRA DE DIOS

En el libro sapiencial del **Eclesiástico** se subraya la perseverancia de los humildes en la oración. Esto es lo que mueve a Dios. Sólo el pobre es audaz en su humildad. La oración del pobre es escuchada. ¿Quién puede presentarse rico ante Dios?

Las últimas palabras de la **primera carta a Timoteo** son como el testamento espiritual de S. Pablo: él ha mantenido la fe y ésta le sostiene a él ante la prueba final y del martirio.

En el **Evangelio**, la parábola del fariseo y del publicano muestra que la oración, además de confiada y constante, ha de ser humilde.

«**En pie, ... ¡Oh Dios!, te doy gracias**». El fariseo no pide, agradece; pero su agradecimiento es hipócrita; piensa que es Dios quien tiene que estarle agradecido por ser tan buen cumplidor: 1º) No hace cosas malas, «**como los demás**». 2º) Hace obras buenas, y más de las que están prescritas en la Ley. El fariseo piensa no necesitar nada para salvarse, sabe y puede salvase solo. “Nos encontramos ante dos actitudes diferentes de la conciencia moral del hombre de todos los tiempos: el publicano nos presenta una conciencia *penitente*, plenamente consciente de la fragilidad de la propia naturaleza y que ve en sus faltas, cualesquiera que sean las justificaciones subjetivas, una confirmación de que su ser necesita redención. El fariseo nos presenta una conciencia *satisfecha de sí misma*, que cree poder observar la ley sin ayuda de la gracia y está convencida de no necesitar misericordia” (Juan Pablo II).

«**Bajó a su casa justificado, y aquel no**». El que se tenía por *justo* salió del templo siendo pecador, el que se confesó *pecador* salió en amistad con Dios.

La actitud adecuada del hombre en su relación con Dios sólo puede ser la de reconocer que Dios es «*el que es*» y «*el que hace ser*» (Ex 3,14), mientras que el hombre es «*el que no es nada por sí mismo*», el que lo recibe todo de Dios. La auténtica relación del hombre con Dios sólo puede basarse en la verdad de lo que es Dios y en la verdad de lo que es el hombre. Por eso, enorgullecerse delante de Dios no es sólo algo que esté moralmente mal, sino que es una tontería; es vivir en la mentira radical: «*¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarte como si no lo hubieras recibido?*» (1 Cor 4,7).

Esto es válido sobre todo para el encuentro con Dios en la oración. Además de la fe, que nos recordaba el evangelio del domingo pasado, es radicalmente necesaria la humildad, que nos recuerda el de hoy. La única actitud justa delante de Dios es la de acercar-

nos a Él mendigando su gracia, como el pobre que sabe que no tiene derecho a exigir nada y que pide confiando sólo en la bondad del que escucha, no en sus propios méritos. Por eso, nada hay más contrario a la verdadera oración que la actitud del fariseo, que se presenta ante Dios exigiendo derechos, poniendo factura de “sus buenas obras”.

Más aún: no sólo no tenemos derecho, sino que somos positivamente indignos de estar en presencia de Dios por haber rechazado tantas invitaciones suyas a lo largo de nuestra vida. Nuestra realidad de pecadores es un motivo más para la humildad, que, como al publicano, nos debe hacer sentirnos avergonzados, sin atrevernos a levantar los ojos: «**Ten compasión de este pecador**».

En los anteriores domingos hemos recibido las enseñanzas de Jesús sobre la vida moral y la vida de oración. La parábola del fariseo y del publicano nos ayuda a recapitular nuestras reflexiones sobre la vida de oración: El único maestro de oración es Jesús; El ora y nos enseña a orar.

II. LA FE DE LA IGLESIA

**Jesús ora
(2598 – 2606)**

El modelo perfecto de oración se encuentra en la **oración filial** de Jesús. Hecha **con frecuencia** en la soledad **–en lo secreto–**, la oración de Jesús entraña una **adhesión amorosa** a la voluntad del Padre hasta la cruz y una **absoluta confianza** en ser escuchada.

Jesús **se retira con frecuencia** en soledad a la montaña, con preferencia **por la noche**, para orar. **Lleva a los hombres en su oración**, y los ofrece al Padre, ofreciéndose a sí mismo. Sus palabras y sus obras aparecen como la manifestación visible de su oración «*en lo secreto*».

Jesús ora **antes de los momentos decisivos de su misión**: antes de que el Padre dé testimonio de Él en su Bautismo y de su Transfiguración, y antes de dar cumplimiento con su Pasión al designio de amor del Padre. Jesús ora también ante los **momentos decisivos que van a comprometer la misión de sus apóstoles**: antes de elegir y de llamar a los Doce, antes de que Pedro lo confiese como «*el Cristo de Dios*» y para que la fe del príncipe de los apóstoles no desfallezca ante la tentación. La oración de Jesús es una entrega, humilde y confiada, de su voluntad humana a la voluntad amorosa del Padre.

Los evangelistas han conservado **las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio**. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la **primera**, Jesús confiesa al

Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y los ha revelado a los "pequeños": los pobres de las Bienaventuranzas. La **segunda oración** es narrada por San Juan en el pasaje de la resurrección de Lázaro. **La acción de gracias precede al acontecimiento:** «*Padre, yo te doy gracias por haberme escuchado*», lo que implica que **el Padre escucha siempre su súplica**; y Jesús añade a continuación: «*Yo sabía bien que tú siempre me escuchas*», lo que implica que **Jesús, por su parte, pide de una manera constante**.

La "oración sacerdotal" de Jesús (cf. Jn 17) ocupa un lugar único en la Economía de la salvación. Esta oración, en efecto, **muestra el carácter permanente de la plegaria de nuestro Sumo Sacerdote**, y, al mismo tiempo, contiene lo que Jesús nos enseña en la oración del Padre Nuestro.

Cuando llega "la hora" de cumplir el plan amoroso del Padre, Jesús deja entrever la profundidad insondable de su plegaria filial, no sólo antes de entregarse libremente: «*Abbá... no mi voluntad, sino la tuya*»; sino hasta en sus últimas palabras en la Cruz, donde orar y entregarse son una sola cosa: hasta ese **"fuerte grito"** cuando expira entregando el espíritu. Todos los infortunios de la humanidad de todos los tiempos, esclava del pecado y de la muerte, todas las súplicas y las intercesiones de la historia de la salvación están recogidas en este grito del Verbo encarnado. He aquí que **el Padre las acoge y, por encima de toda esperanza, las escucha al resucitar a su Hijo**.

Jesús enseña a orar (2607 – 2615)

«*Estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: "Maestro, enséñanos a orar"*». Es, sobre todo, al contemplar a su Maestro en oración, cuando el discípulo de Cristo desea orar. Entonces, puede aprender del Maestro de oración. **Contemplando y escuchando al Hijo, los hijos aprenden a orar al Padre.**

En su enseñanza, Jesús instruye a sus discípulos para que oren con un **corazón purificado**, una **fe viva y perseverante**, una **audacia filial**. Les insta a la **vigilancia** y les invita a presentar sus peticiones a Dios **en su nombre**.

Jesús insiste en la **conversión del corazón**: la reconciliación con el hermano antes de presentar una ofrenda sobre el altar, el amor a los enemigos y la oración por los perseguidores, orar al Padre "en lo secreto", no gastar muchas palabras, perdonar desde el fondo del corazón al orar, la pureza del corazón y la búsqueda del Reino. Esta conversión se centra totalmente en el Padre; es lo propio de un hijo.

Del mismo modo que Jesús ora al Padre y le **da gracias antes de recibir sus dones**, nos enseña esta **audacia filial**: «*todo cuanto pidan en la oración, crean que ya lo han recibido*». La oración de fe no consiste solamente en decir «*Señor, Señor*», sino en disponer el corazón para hacer la voluntad del Pa-

dre. Jesús invita a sus discípulos a llevar a la oración esta **voluntad de cooperar con el plan divino**.

En comunión con su Maestro, la oración de los discípulos es un **combate**, y velando en la oración es como no se cae en la tentación.

Jesús escucha la oración (2616)

La oración a Jesús **ya ha sido escuchada** por Él durante su ministerio: Jesús escucha la oración de fe expresada **en palabras** (el leproso, Jairo, la cananea, el buen ladrón), o **en silencio** (los portadores del paralítico, la hemorroisa que toca su vestido, las lágrimas y el perfume de la pecadora).

La petición apremiante de los ciegos: «*¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!*» o «*¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!*» ha sido recogida en la tradición de la **Oración a Jesús**: «*¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!*» Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: «*ve en paz, tu fe te ha salvado*».

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«*La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo no nos empujase a proferir este grito: ¡Abbá, Padre!*» (S. Pedro Crisólogo).

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: «**Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él se dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros**».

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.*

*¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?*

*¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?*

*Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mi todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.*

*Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta.*

Amén.